

CINCUENTENARIO DEL FESTIVAL DE CINE DE SAN SEBASTIÁN

Santiago Aizarna



El 21 de septiembre de 1953, un lunes, por supuesto, comenzaba su andadura el Festival de Cine de San Sebastián. Ahora, cuando se me pide que evoque los cincuenta años transcurridos desde aquel día, recurro a la memoria escrita de mi amigo José Luis Tuduri en su *Historia del Festival*, para rescatar, también, el clima atmosférico que se respiraba. Dice el querido amigo, que “la capital donostiarra amaneció con buen tiempo, sol sin nubes y una agradable brisa”. De los otros climas, el social, el político, el religioso, etc, etc, habría más controversias que sobre el tiempo y no habría, seguramente, unanimidad a la hora de dar una opinión sobre ellos, que, si para algunos pudiera parecer excelente,

para otros, no tanto, que son disciplinas éstas en la que no se funden tantos los pareceres. De todas formas, y para ir completando un poco más, si no el clima (que, también) pero sí el ambiente, sigamos leyéndole al amigo y colega: “Todas las localidades del Teatro Victoria Eugenia estaban prácticamente vendidas, había un plantel de artistas que ponían la nota popular de animación y las películas que habían llegado podían completar gran parte de la programación”. Muy buenas perspectivas, pues, en una panorámica general.

El escueto parte del día nos pone enfrentados a una serie de cuestiones de las más importantes para la tónica de este Festival, en sus causas, afianzamientos, tensiones, enfrentamientos, etc. Aunque no lo parezca a primera vista, lo cierto es que el factor tiempo, considerado climatológicamente y de transición de una temporada a otra, de verano a otoño en este caso y llegando hasta las mismas estribaciones del invierno, tiene su gran importancia. No por el hecho de que ese día lloviese o no, luciese el sol o amaneciese nublado, no porque sirviera o no para consolidar o desbaratar, en ese momento, esa especie de ‘leyenda negra’, según para quién, que arrastra San Sebastián en su faceta más o menos pluvial. Si no, simplemente, porque al hacer ese hermoso tiempo de que se habla que hubo en su inauguración, se daba una cumplida satisfacción al presupuesto programático de los fundadores, cuya pretensión más cercana y acendrada estaba en proporcionarle a la capital guipuzcoana una prolongación de su veraneo. Estaba en el ideal propósito fundacional de los diez comerciantes que asumieron ese trabajo de poner en marcha el Festival, su intención de que el verano, principal gala y ornato de San Sebastián, no muriese a golpe de calendario sino de que se



le arrancase algún fulgor más, de que se atrajese a más gentes en sus últimas convulsiones, acaso, quién sabe si para admirar el mágico embrujo del rayo verde o para darle algún aliciente cultural más de lo que le deparaban las Fiestas Eúskaras, la Quincena Musical, etc. Volvemos a Tuduri: “Querían hacer algo para que el verano con sus diversas activi-

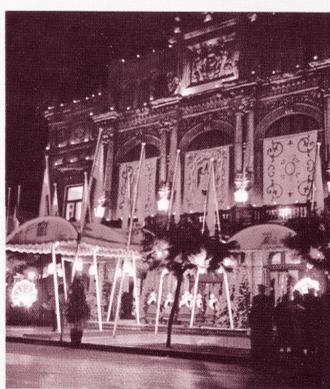
dades no terminara a fecha fija en el segundo domingo de septiembre con la regata de traineras en la que se disputaba la Bandera de Honor”. A esa circunstancia de la prolongación veraniega hay que conceder algo como la tercia parte de la culpa o el mérito de contar con estos cincuenta años de Festival, una prolongación muy merecida por otra

parte en una ciudad que conoció sus mejores fastos dentro de ese veraneo que, en tierras españolas, al menos, parece como si fuera, en cierto modo, como una de las adelantadas en mitificar el verano, con la ayuda, sin duda imprescindible, de una regia señora que la mimó con sus favores, la sin par María Cristina de Habsburgo y Lorena, la discreta regente de España según definición de su biógrafo, Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, quien ya señala, muy subrayadamente, la predilección que mostró hacia la ciudad donostiarra, habitando, primero, el palacio de Ayete, ofrendado por la duquesa viuda de Bailén, cuyo esposo pidiera su mano al emperador Francisco José en nombre de Alfonso XII, y luego, en el palacio de Miramar, erigido con terrenos comprados con su peculio propio, y en donde, escribe el de Romanones, “vivía a sus anchas, contemplando desde sus terrazas o desde los amplios ventanales la inmensidad del mar”, añadiendo el biógrafo que “la hermosa ciudad norteña resultó beneficiada por la predilección de la Reina”, y que fue tan querida por las gentes, en general, que “las mujeres del pueblo la conocían con el nombre cariñoso de “Maitea”. Pero esta predilección de la Reina Regente, cuyo nombre es profusamente oreado por toda la ciudad, no evitó, en modo alguno, que la vida en la ciudad resultase un tanto aburrida y que arrastrase este sambenito por generaciones y generaciones de donostiarras a pesar de las ‘haskhariñas’ aficiones de sus habitantes. Aun en ese mismo período veraniego –largo período por aquel entonces– indígenas y veraneantes se aburrían como lobos.

De ello da información escrita aquel fino escritor que fue Antonio Díaz Cañabate, autor de obras tan singularmente atractivas como “Historia de una taberna” e “Historia de una tertulia”, y que, en otra, “Lo que se habla por ahí” (Edic. Cid, 1954), nos cuenta unos diálogos muy ‘chirenes’ en los que se habla del tiempo que hace o no hace, de las sardinas de la tasca de Inchaurrendieta, del paseo por la Zurriola haciendo tiempo para comer, la visita a Pasajes o Hernani, las cocochas que son las orejas de las merluzas, etc, pero, a pesar de todas estas atracciones, más o menos naturales, lo confirma la gracia y el humor de Díaz Cañabate, “San Sebastián se nos cae encima como una losa” y “San Sebastián sigue siendo una ciudad encantadora, pero ahora que no nos oyen los veraneantes, algo aburrida”. Y, contra este aburrimiento, más o menos confesado, querían luchar los diez esforzados paladines de la ciudad, los diez magníficos de la ciudad. No es de extrañar, por lo tanto, que, a la hora de otorgar culpabilidades o méritos por la fundación del Festival, digamos que la otra tercia parte le asignaría yo, a la inquietud de sus fundadores, personas que eran conscientes de ese terrible mal que pesaba sobre la ciudad, que era, en un gran porcentaje, la atonía, el aburrimiento, esa especie de hastío que le aquejaba al veraneante en Donostia y que lo combatía con un valeroso y ardido sentido de clase, de personas que alardeaban de poder veranear cuando a otros muchos no se lo permitían sus posibilidades económicas. De todas formas, nos



IX FESTIVAL
INTERNACIONAL
DEL CINE 1961
SAN SEBASTIAN - 8 AL 17 JULIO



VI FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE
SAN SEBASTIAN
ESPAÑA - SPANIEN - ESPAGNE - SPAIN - SPAGNA
19 AL 29 DE JULIO 1958



12 festival
internacional del cine
san sebastián
españa-spain-espagne 5 al 14 de junio de 1964

quedaría una otra y última tercera parte que sería la invención de la tertulia, que me gustaría a mí que contáramos con algo parecido, aunque fuera lejanamente (que, cercanamente no se podría de ninguna forma), a aquel un tal Baltasar de Alcázar que cantó en sabrosos versos que nos hacen sacar la baba, la invención de la taberna. A la tertulia pues, sagrada institución en determinado tiempo en las historias de ciudades varias, se debe en gran parte este Festival, una tertulia de gentes de varia condición y oficios, aunque preferentemente comerciantes, que se reunían todas las tardes –y nos llena de una suave nostalgia recordarlos– en los divanes de peluches, al viejo estilo de los cafés, en el Café Madrid, de la Avda. de la Libertad, núm. 2 donostiarra, café que sobrevivió a su compañero, el París.

Queda contada, de esta manera, creo yo, la historia del comienzo del Festival, y, en cuanto a contar lo que sucedió durante los cincuenta años de su desarrollo sería contar demasiado. Digamos, simplemente, que su

vida no ha sido ni sosegada ni tranquila, que tuvo que luchar mucho, en un determinado momento, con la famosa FIAPF (Federación Internacional de Asociaciones de Productores de Films), también con la designación de los directores que pudieran llevar a buen puerto semejante invento, las algaradas políticas que se movieron en su seno, etc. Y ahora, dirigiendo nuestra mirada hacia atrás, por supuesto que sin ninguna ira, habré de reconocer, que, finalizada cada edición, me asaltaba algo como una especie de tristeza post coitum. Porque hay que reconocer, sin duda alguna, que sí, que el Festival nos conecta con gentes de todo el mundo, que sí que sirve para adentrarnos en los gustos y costumbres, en las maneras de vivir y morir de varias gentes, que no deja de ser un buen exponente cultural y un buen reclamo de la ciudad, pero, a pesar de todo, ahí queda, como una hiriente daga, la pregunta cumbre, que ¿vale la pena, se pregunta uno, todo este gasto, este despilfarro, este despliegue? Que, cada cual, halle su respuesta dentro de sí mismo.

